

Sueño Incumplido de Madero

Sufragio Efectivo, aún no

- ★ Válidos y Vivos, los Ideales de 1910
- ★ Falta Credibilidad en las Elecciones
- ★ Cambiar por la vía Incruenta, lo Mejor

LORENZO MEYER

Vladimir Ilich Ulyanov, mejor conocido como Lenin, está perdiendo estatuas por centenares en su patria, y su mausoleo en Moscú ya no tiene la guardia de honor permanente del Ejército Rojo. En contraste, Francisco I. Madero, el líder de la Revolución mexicana, nunca tuvo mausoleo ni guardia, pero a ochenta años de su asesinato, muchos mexicanos seguimos manteniendo firme nuestra admiración y gratitud hacia ese joven y rico hacendado de Coahuila que, de manera bastante desinteresada, se jugó el todo por el todo para introducir en México eso que seguimos sin

SIGUE EN LA PAGINA VEINTISEIS

Sigue de la primera plana

tener, pero que cada vez exigimos más: democracia política y dignidad ciudadana.

La semana pasada se cumplió un aniversario más del inicio de la Revolución Mexicana, el 83. De no ser por un desfile burocrático que sobrevive más por inercia que por diligencia, ese gran movimiento social que fue, no pareciera tener ya presencia efectiva entre nosotros. La Revolución Mexicana hace tiempo que murió, y sin embargo, sus razones fundamentales se siguen considerando válidas y justas; están vivas.

No hay duda que los tiempos que corren son malos para las revoluciones, para todas, para la salud de las que aún viven y para la memoria de las muertas. En realidad, las revoluciones vivas están amenazadas de muerte —la cubana es el ejemplo más cercano—, o han tenido que cambiar tanto, que simplemente han dejado de ser revoluciones efectivas, como es el caso de la china. Son tan malos los tiempos actuales para las revoluciones, que una buena parte de las muertas no descansan en paz, pues ahora son objeto de rechazo abierto, de repudio. En Rusia ya ni siquiera subsiste el desfile burocrático que anualmente conmemoraba los "diez días que conmovieron al mundo", pues hoy conmueven a unos cuantos y nada más.

La Revolución Mexicana hace tiempo que pasó a estar entre las revoluciones muertas, pero en comparación con lo ocurrido en Rusia y en la Europa del Este, la muestra aún mantiene una buena imagen. Es por ello que el discurso oficial mexicano, a diferencia del ruso, se siente obligado de tarde en tarde a hacer referencia al movimiento de 1910. La Revolución Mexicana, pese a no ser vigente, mantiene un alto grado de legitimidad. Prueba de ello es que quienes hoy están en el poder se han visto impelidos, a contrapelo de la realidad, a pretender una imposible: hermanar el proyecto neoliberal actualmente en vigor, ¡y la figura y el proyecto de Emiliano Zapata!, el enemigo del liberalismo económico. Lo anterior demuestra que si bien hoy el poder lo tiene la tecnocracia, la legitimidad sigue estando con una revolución ya ida.

Las revoluciones, ha dicho Octavio Paz, son grandes mitos concebidos por

la confianza —excesiva— de los revolucionarios en el poder de la razón para recomponer al mundo. Así, la revolución es el intento, por medio del fuego y la

sangre, de forjar o retornar a una "edad de oro", donde la convivencia entre los hombres está libre de la injusticia. Ese tipo de visión fue el impulso detrás

de las ideas de Rousseau, y el disparador de la rebelión de Zapata.

Toda revolución que ha completado su curso, en vista y juzgada, condenada

o salvada, según los valores, temores y esperanzas de quien la observa desde el aquí y ahora. Es por ello que nunca habrá una visión objetiva ni definitiva de ningún gran suceso histórico, en particular de uno tan traumático como lo es una revolución. Cada generación y cada grupo deberá repensar y revalorar su pasado en función de su presente.

De manera inevitable, el movimiento iniciado por Madero en noviembre de 1910 lo interpretamos desde la perspectiva que nos da el tiempo transcurrido y la visión dominante respecto al futuro. Hoy, a 83 años de distancia, la preocupación central de aquellos que toman las grandes decisiones en México gira alrededor de la integración económica con Estados Unidos, y esa expectativa ha determinado las acciones y perspectivas del resto de la sociedad. La búsqueda de la modernidad es hoy, como lo era hace cien años, la obsesión de quienes tienen el poder político y económico, pero las vías y circunstancias son diferentes.

La Revolución Mexicana significó, en primer lugar, la destrucción de una dictadura pero a un costo terrible, tanto en vidas como en el sufrimiento general al que sometió al grueso de la población, y en la destrucción de bienes y la pérdida de oportunidades económicas. Sólo después de

haber extraído tan alto pago a los mexicanos, surgió su lado constructivo. Sin embargo, el nuevo régimen no lograría resolver definitivamente ninguno de los grandes problemas a los que se enfrentó. La revolución adelantó mucho en la solución de algunos de sus retos, en otros el resultado final fue ambiguo y, finalmente, en otros más, en vez de resolverlos, los agravó.

Es posible que el mayor éxito de la Revolución Mexicana haya sido en el plano cultural: la integración nacional. Cuando México se vio forzado a nacer como país soberano e independiente en 1821, carecía aún de varias de las características fundamentales de una nación. En efecto, el largo pasado colonial novohispano no había sido la mejor preparación para la gran aventura que significaba la libertad y la soberanía. Al principiar el siglo XIX México estaba profundamente dividido en razas, clases y regiones y así siguió por los siguientes cien años. La revolución mezcló violentamente al norte con el sur, acabó con una oligarquía y encumbró a una nueva élite; finalmente, hizo surgir un nacionalismo que sostuvo que los mexicanos esenciales eran justamente aquellos que habían sido despreciados por los liberales modernizantes del siglo XIX y permanecían en el fondo de la pirámide social: la mayoría indígena y mestiza, rural y pobre. El rescate de la dignidad y los derechos de esa mayoría por la vía del ejido y el sindicato, de la escuela rural y el nacionalismo, era la condición *sine qua non* para tener una nación viable en el siglo XX. Este fue, quizá, el mejor momento de la revolución.

Al nacionalismo, la educación, los sindicatos y los ejidos, se les suponían meros instrumentos para conseguir un fin superior: la justicia social. Es aquí donde los resultados de la Revolución Mexicana resultaron ser muy ambiguos. En 1971, a medio si-

glo de haber concluido la guerra civil, un académico norteamericano, el profesor Roger D. Hansen, publicó su obra *La política del desarrollo mexicano*, y encontró que la desigualdad en México era similar a la de otros países latinoamericanos que no habían experimentado ninguna revolución social o incluso superior. Así pues, en materia de equidad la Revolución Mexicana no había significado mucho. La promesa de justicia social, no se cumplió en los términos ofrecidos.

Pasemos ahora a fijar la atención en esa zona donde el legado de la revolución es de plano negativa. Se trata, desde luego, de la vida cívica, y en concreto, de la democracia política. La antidemocracia que combatió Madero era personal, encarnada por el general Porfirio Díaz y sus reelecciones. Díaz desapareció del plano político en 1911, pero finalmente la suya fue sustituida por una antidemocracia peor, impersonal e institucional. El nuevo régimen desembocó en un autoritarismo basado en un partido de Estado —PNR, PRM y PRI— y al servicio de una presidencia cuyo titular no envejece como don Porfirio, sino que es perpetuamente joven porque se renueva cada seis años.

Desde que Venustiano Carranza asumió la presidencia hace 76 años, en México el poder político al más alto nivel se ha transferido sin salir nunca del estrecho círculo de la élite revolucionaria y sus herederos. Desde 1935 cuando el general Cárdenas se sucedió la tutela del general Calles, el proceso político sustantivo se ha desarrollado dentro de los corredores de un partido de Estado que controla el grueso de los puestos de elección, pero que, a su vez, es controlado absolutamente por la presidencia. Finalmente, todo lleva a que el proceso electoral —el sufragio efectivo de Madero— carezca de sentido, porque salvo ciertas excepciones locales recientes, las elec-

ciones siempre han sido sin competencia o sin credibilidad... o ambas cosas a la vez.

La Revolución Mexicana, y eso nadie puede negarlo, le dio al país una estabilidad política sin paralelo en América Latina. El precio pagado por esa estabilidad no fue ninguna ganga: diez años de una terrible guerra civil primero y tres años de una guerra religiosa después. Sin embargo, la estabilidad se construyó y consolidó sobre unas bases autoritarias que hoy, al finalizar el siglo, se han hecho viejas y se han transformado en el gran obstáculo que impide a México ser parte auténtica de la modernidad por la vía de la democracia.

El año entrante México va a entrar, por decimoséptima ocasión desde el asesinato de Madero, en un proceso de elección presidencial. Esta vez la campaña va a ser, de nuevo, competitiva; sin embargo, las reglas del juego no han sido aceptadas por todos los contendientes y la credibilidad de los resultados no está asegurada, justamente como sucedió en esa disputa electoral entre Madero y el Presidente Díaz en 1910 y de la que surgió la revolución.

En las condiciones descritas, resulta ridículo, bochornoso, absurdo y humillante, que tras una revolución hecha en nombre de la democracia política, y tras haber iniciado el proceso de integración económica con Estados Unidos, para los mexicanos aún no sea realidad el "sufragio efectivo"; y que solamente por la "no reelección", el país se haya salvado de la repetición de una tiranía personal como la del general Díaz. Ha llegado el tiempo de cambiar; no debemos ni podemos seguir así.

Y si de cambiar se trata, lo mejor es hacerlo por la vía incruenta, sin aguardar, como don Porfirio, a que la única salida sea la solución catastrófica. Con una Revolución Mexicana basta y sobra.